

Volumen II

Mayo 25 de 1898

Núm. XX

REVISTA DE QUITO

SEMENARIO DE POLITICA,
LITERATURA, NOTICIAS Y VARIEDADES

DIRECTOR:

MANUEL J. CALLE

CONTENIDO:

I—Diócesis ecuatorianas.—II—Cartas ecuatorianas.
III—Versos.—IV—Lima —V—Pequeñas narraciones.—
VI—La Semana.

QUITO—ECUADOR

IMPRENTA DE "EL PICHINCHA"

1898

“REVISTA DE QUITO”

Este periódico se publicará semanalmente en folletos de 32 á 40 páginas cada uno.

Se canjea con los periódicos nacionales y revistas extranjeras.

No admite más colaboración que la que solicite.

No se atenderá ningún pedido si no se adelanta el valor respectivo.

Recibe avisos en la carátula á precios convencionales.

SUSCRIPCION

Por un mes.....	\$	1...
Número suelto.....	„	.30

Para todo lo relativo á colaboración y correspondencia, dirigirse á

Manuel J. Calle

QUITO—(ECUADOR)

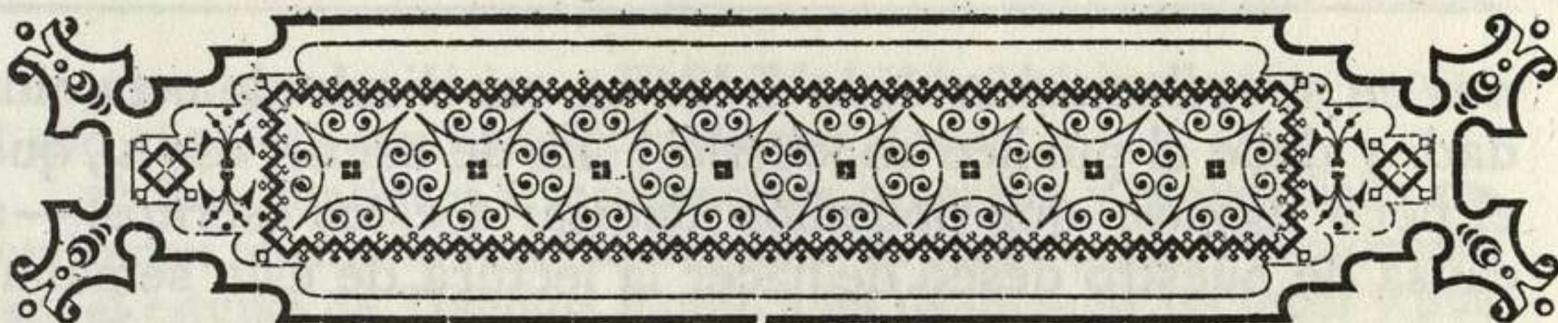
Casilla del Correo N° 68

Centros de suscripción y venta en Quito

En esta Imprenta.—Establecimientos de los Sres. Ramón F. Moya y José C. Borbúa.

ADMINISTRADOR

Sr. D. RAMÓN A. GARRILLO.



REVISTA DE QUITO

~~~~~  
Volumen II—Quito, 25 de Mayo de 1898—Núm. XX

~~~~~  
DIOCESIS ECUATORIANAS

—
LOJA

Para completar la serie de nuestros estudios acerca del deplorable estado de algunas diócesis ecuatorianas, teníamos preparado un articulejo en el que se esbozaba la fisonomía moral del P. José María Massiá y Vidiella y se traían á cuento los desfalcos administrativos y las irregularidades de los que á su cargo han tenido la diócesis aquella, cuando, por una feliz casualidad, cayó en nuestras manos un informe sobre los asuntos eclesiásticos de Loja, el que nos apresuramos á publicar en estas páginas. Ese documento dice mucho más de lo que nosotros decir pudiéramos, más de lo que apuntan los señores canónigos loja-

nos en su reclamación dada á luz en un diario de esta ciudad, y debe el público conocerlo. Es de sentir, eso sí, que el poco espacio que podemos dedicar á estos escritos, — á causa de nuestro deseo de hacer la lectura de este semanario lo más variada que nos sea posible — no nos permita copiar los documentos á dicho informe anexos y que están en nuestro poder.

Léase desapasionadamente, y júzguese.

* * *

Observaciones sobre el estado espiritual, económico y político de la Diócesis de Loja, bajo la administración del Ilmo. Fray José María Massiá.

Muy á pesar nuestro y sólo por llenar el encargo que se nos ha hecho, vamos á trazar á grandes rasgos la situación de esta desgraciada diócesis. Lejos de nosotros todo sentimiento mezquino y anticristiano; como sacerdotes amantes de la justicia y del orden, no anhelamos otra cosa que la resurrección y prosperidad de este Obispado.

Fundando nuestras aseveraciones en la más estricta verdad, decimos:

1º Desde el 30 de Noviembre de 1876, en que se hizo cargo de este Obispado el Sr. Massiá hasta el presente (más de veintiún años), no ha convocado un solo concurso para proveer de párrocos propios las parroquias vacantes, como lo ordena rigurosamente el Concilio de Trento.—33 parroquias tiene esta diócesis, y excepto dos (el Sagrario y San Sebastián), todas las demás se han servido por curas interinos, que se han cambiado muy á menudo.—Este sistema de interinatos,—implantado estudiosamente para poder arrancar á los curas considerables contribuciones anuales y frustrar el derecho de patronato en la provisión de beneficios—ha dado por resultado natural y lógico el atraso y la ruina de las parroquias en todo sentido. Muchas iglesias hay caídas, otras en proyecto de reconstrucción: las casas conventuales en ruina porque los pobres curas interinos no han tenido ni tienen tiempo ni fondos para emprender su reparación.

2º El mismo Concilio y los Sumos Pontífices ordenan estrechamente que los Obispos celebren sínodos diocesanos (en América por lo menos cada tres años), para corregir las malas costum-

bres y extirpar los vicios.—El Sr. Massiá ha celebrado sólo uno en el año 1891, sin resultado ni provecho alguno.

3º Los Pontífices y los Concilios generales y provinciales recomiendan mucho la reunión del clero en conferencias ó Academias para el estudio de Teología moral, á fin de difundir las luces y unificar la doctrina. El Sr. Massiá, cierto, en cada año ha hecho mención de este deber llamando al clero. Un jueves se ha reunido, se ha señalado el punto de estudio, y el jueves siguiente se ha disuelto la junta porque el Prelado tiene inquina á las conferencias. En éllas se suscitan arduas cuestiones que debe dirimir las el Obispo, como Doctor y Maestro, y el Sr. Massiá no es competente para ello.

4º ¡Recuerdo doloroso!—El Sr. Dr. Pablo Alvarado, médico distinguido y Rector del Colegio Nacional, estaba enfermo de muerte: él y su señora llamaron y rogaron al Sr. Massiá, dos y tres veces, se dignara visitar al enfermo, porque éste quería tratar cosas de conciencia. El Sr. Massiá se negó dos y tres veces, diciendo por fin que *no era decoroso al Obispo ir á todas partes*. Le habían dicho al Sr. Massiá que el moribundo era liberal. El Dr. Alvarado murió invocando á Jesús crucificado, fuente de amor y de consuelo.

5º Hay en la diócesis de Loja tres sacerdotes desviados de la vía sacerdotal: hombres que se han constituido fuera de las leyes eclesiásticas y causan pena y escándalo á la gente sensata: Ramón Aguirre, Pío Maldonado y Cayetano Castillo, olvidados de su alto ministerio, y entregados al comercio y otras cosas prohibidas por los Cánones.—El Sr. Massiá, dado á la política y á combatir sectas y herejías que no se conocen en Loja especialmente, no hace lo que Jesucristo: “dejar las 99 ovejas que están en el redil y buscar la descarriada para traerla en sus hombros al aprisco”. ¡Cuánta responsabilidad grava sobre este santo Prelado!

6º Desde el principio de su gobierno, el Sr. Massiá ha admitido el chisme, la mentira, la calumnia y la delación como bases para gobernar, sin aceptar defensa ó explicaciones de los acusados. La recriminación, el bochorno y el castigo han caído sobre el clero, máxime si no han militado bajo su bandera. Es por esto que la sociedad está desmoralizada profundamente.

7º Mucho se ha dicho y se dice aún que los Padres de San Francisco quebrantan el sigilo de la confesión sacramental, suministrando al Obispo ó sus Vicarios datos para la corrección de costumbres. Esto no puede probarse, pero es muy cierto. Sacerdotes que han sufrido lo creen así y lo propalan. ¡Qué sacrilegio, qué horror!

8º Ya que se trata de los Franciscanos, vaya este hecho innegable y constante á todos.—Los padrecitos que frecuentemente salen á los pueblos de la provincia con pretexto de misiones, se ocupan solamente en limosnear ganado vacuno, y nada más que vaco-

nas de uno y dos años. No es creíble que los que dan escojan sólo vaconas, no: son pedidas, exigidas para aumentar la cría. En esta ciudad hemos visto entrar partidas de 25, 30 y 40 vaconas, que están repartidas en distintas fincas. ¡Qué modo de esquilmar y explotar la provincia!

*
*
*

En el orden económico hay mucho, muchísimo que decir.

Incluimos una copia del informe que el Tribunal de Cuentas eclesiástico, juzgadas ya las de 91, 92, 93, 94, 95 y 96, ha remitido al Capítulo, para que éste haga sus observaciones, antes de ser elevadas al 2º y último tribunal, que lo constituyen el Obispo ó su Vicario. En el documento que acompaño, hay mucho en que fijarse y conocer la situación rentística de este Obispado. Sólo agregaremos lo siguiente:

1º Sabemos que el primer tribunal se ha valido de una persona honorable para remitir á Quito copia de las sentencias desde 91 hasta 96, para que, si es conveniente, se publique por la prensa. Sería acertado, para que no queden ocultas las picardías que se tramam.

2º Hemos oído decir que el Sr. Massiá, no sabemos si oficialmente ó en carta, le ha dicho al Sr. General Alfaro que el *déficit* que el Gobierno tiene que llenar en el presupuesto de esta diócesis, asciende á sesenta y tres mil sucres. He visto la sentencia que trata de este déficit, y sólo resultan de alcance contra el Gobierno \$ 17.000. Es enorme la diferencia, y el Gobierno debe hacer mérito de las sentencias del Tribunal eclesiástico.

3º El alcance total de las cuentas contra el Colector eclesiástico José Dionisio Eguiguren, es de \$ 53.353,34.—Para librarse de este alcance y reirse del Tribunal, corrió á Lima (con pretexto de hacerse curar los ojos) llevándole rentas al Obispo, y conseguir que éste ó el Vicario, de una plumada echen abajo la primera sentencia, perjudicando á la Iglesia de una manera horrorosa y cargándole al Gobierno un déficit exorbitante é inicuo.—Y ¿quién aconseja y dirige todas estos criminales manejos?—El Vicario Ojeda.—El Obispo y Ojeda sostienen en la Colecturía á José Eguiguren, porque á ellos sí les paga la renta, lo mismo que á Ramón Ojeda, canónigo mayordomo del secretario Ojeda, que está ocupado en sembrar yucas y criar cabras en el Catamayo. — A los demás Canónigos los está matando de hambre el Colector Eguiguren. No les ha pagado todo un año. Les presentó en Caja \$ 73 diciéndoles que se repartan. En esto nos referimos al Deán Castillo.

4º Los Canónigos claman por el cambio de Colector, y los Vicarios Castillo y Ojeda, que se sustituyen, no lo cambian porque el Obispo, desde Lima, lo ordena y dispone todo. — El Capítulo está en reyerta escandalosa con los Vicarios, y el Obispo acaba de dirigir á los canónigos quejosos una pastoral particular y manuscrita, tratándoles de rebeldes, impíos y sacrílegos. Esto es público y notorio á todos.

5º Ya que el Gobierno es deudor en algo al presupuesto de esta diócesis, debe poner los ojos en el asunto, y en justicia y en caridad ver por la suerte de esta Catedral. Ninguno de los Vicarios debe juzgar estas cuentas, porque cada uno es responsable de algunas cantidades.

6º Para demostrar más las arbitrariedades del Obispo y de su secretario Ojeda, no omitiremos la venta inconsulta que hicieron de los terrenos de la cofradía de Amaluza al *conservador* Guillermo Valdivieso, sólo en la cantidad de cuatro mil sures cuando los vecinos de ese pueblo daban doce mil. Esto produjo un clamor general, porque los pobladores y sus habitaciones y más bienes están comprendidos en los terrenos vendidos. Los vecinos de Amaluza elevaron su reclamo al Metropolitano suscrito por toda la comunidad. Este reclamo lo interceptaron el Obispo y su secretario. Para aquietar los ánimos, fué en comisión pacificadora el Vicario entonces Dr. Miguel Palacio. Este ordenó la nulidad del contrato, y hasta conminando con excomunión la entrega de los terrenos. Este procedimiento le valió al Dr. Palacio la destitución del Vicariato. — Después, las cosas se arreglaron de otro modo.

7º El Secretario Daniel Ojeda compró á D. Vicente Riofrío un pedazo de la hacienda de "Trapichillo". — Arrepentido después de la mala compra por lo escarpado de los sitios, engañó al Obispo y tomó "Togueros" ó la hacienda del "Naranjillo" de la Virgen del Cisne, en permuta con los terrenos escarpados donde rueda el ganado.

8º El Sr. Massiá ha recargado mucho los derechos curiales por dispensas de impedimentos matrimoniales y de proclamas. — El Ilmo. Sr. Riofrío, por las de proclamas, cobraba á los pobres indios un peso; el Sr. Massiá cuatro pesos. A los blancos ó acomodados diez, cuarenta y sesenta sures.

9º Este ramo de dispensas, que es pingüe, el Obispo lo ha cedido al Secretario Ojeda para que componga su casa y mantenga á esos ociosos *servitas* que ha congregado Ojeda sin éxito alguno. El Deán se queja de que no tiene ni para gastos de escritorio, mucho menos para un amanuense.

10. Acompaño también una copia del oficio que el Tribunal de cuentas eclesiásticas ha dirigido al Padre Diète y la contestación insolente de éste — siquiera para hacer resaltar la necesidad

que hay de una nueva autoridad eclesiástica que vea por este Seminario. Este colegio ha estado cerrado muchos meses.

* * *

En el orden político, bien conocida es la conducta del Sr. Massiá desde su arribo á esta ciudad.—El y el P. Mariano, carlistas expulsados de España.—El primero expulsado del Perú por el Sr. Pardo, y aceptado en el Ecuador por García Moreno.—Cuando García Moreno eligió al P. Massiá, dijo: “Los lojanos tendrán que agradecerme: les doy un Obispo *santo y sabio*”. Ya hemos visto la santidad y sabiduría. Sin embargo apuntamos lo siguiente:

1º Que las pastorales, especialmente desde la transformación política, todas son subversivas, llenas de odio y anticristianas: anticatólicas sobre todo, pues no están conformes con las enseñanzas de León XIII.

2º El pueblo lojano, hombres y mujeres, ha comprendido por fin y confiesa que el Sr. Massiá es criminal, por haberse puesto á la cabeza de la montonera de Cajanuma, é instigádola para victimar á sus propias ovejas, á sus propios hijos, encharcando en sangre la ciudad episcopal. La consigna de esa montonera fué asesinar al Gobernador y á todos los empleados. El pueblo está ya medio respirando y contento con la ausencia del Obispo. Es mucha verdad que todos, generalmente, desean que no volviera.

* * *

Vamos á lo más grave, á lo más triste y que angustia el alma. Hablamos con toda verdad.

Cuando se derrotó el malogrado Coronel Vargas Torres, se refugió en casa de la Sra. Amalia Burneo. Por ahí entró cinco días antes á tomar la plaza; por ahí quiso escaparse: no pudo más y quedó escondido.

El Sr. Massiá llegó á saberlo, y el primer Jefe de escolta que encontró fué Manuel Zabaleta. El Obispo le dijo:

Por primera vez:

— En tal casa está Vargas Torres: vaya Ud. y tómelo.

— Señor: he buscado toda la casa y no encuentro á nadie.

Por segunda vez:

— ¡Ahí está! Busque Ud, bien: estoy cierto.

— Señor: he buscado bien: no hay nada.

Por tercera vez:

(Irritado) — Sé que ahí está: vaya Ud.: cumpla su deber, y si no será Ud. castigado.

Zabaleta buscó más, hasta con luz, y capturó á Vargas Torres y fué asesinado!

Esto se debe originariamente á la lenidad, mansedumbre y caridad del Sr. Massiá.

A no ser así, Vargas Torres se hubiera escapado al amparo de la noche.

* * *

Hechas estas observaciones con toda imparcialidad, es fácil deducir:

Que bajo todo aspecto, el Sr. Massiá no ha hecho ni podía hacer la felicidad de esta desgraciada diócesis, porque como europeo, y más como español, no quiere ni ama las Repúblicas americanas: las Repúblicas tampoco quieren ni les convienen Obispos extranjeros.

Loja, Marzo de 1898.

* * *

Nada tenemos que añadir á lo dicho. Vea el Gobierno, y, á pesar de las exigencias, del Enviado Apostólico — si es que este señor pretende la reinstalación en su diócesis de Obispos lobos, — proceda de la manera que esté más conforme con las prescripciones de la justicia, con el decoro nacional y las conveniencias de la Provincia eclesiástica ecuatoriana.

En este país en que las turbulencias políticas andan íntimamente ligadas con el pretexto religioso, desearíamos los menos obispos posibles, como quien dice el menor número de alborotadores; y por eso somos de opinión que deben suprimirse ciertos episcopados que ni pueden holgadamente sostener el tren de su administración, ni sirven gran cosa para las necesidades evangelizadoras y se convierten casi siempre en piedra de escándalo y materia de discordias. Por eso quisiéramos que la diócesis de Loja se anexase á la de Cuenca, al frente con un Administrador

Apostólico ó un Vicario General investido de amplias facultades — sobre todo en cuanto al manejo de los fondos eclesiásticos, que debieran quedar centralizados en la provincia, para evitar chanchullos y odiosidades provincialistas.

Resumiendo lo hasta aquí expuesto decimos:

1º Que debe exigirse la rehabilitación del obispo de Cuenca, por quererlo así el pueblo de esa diócesis, y no por intereses políticos del Gobierno, que mal puede tenerlos respecto del Prelado más fanático del Ecuador.

2º Que se impetre el nombramiento de un Administrador Apostólico para Guayaquil con el carácter de Obispo titular *in partibus*, á fin de que cese el desbarajuste en que se encuentra aquella diócesis, debido á los manejos monopolizadores de los señores Corral.

3º Que se suprima el episcopado de Portoviejo, anexándole al de Guayaquil, y dando la administración de él á un Vicario General mientras viva ó hasta que se le obligue á renunciar al Sr. Schumacher.

4º Que se haga lo mismo con el obispado de Loja y su Prelado.

5º Que el Estado ecuatoriano comience á ejercer el derecho de patronato, que hasta aquí lo ha puesto en olvido y lo ejerza especialmente, en todo lo relacionado con la tuición y con la provisión de vacantes en todos los beneficios eclesiásticos, excepto en aquellos que son de exclusiva competencia de los Prelados.

Con estas conclusiones damos por terminado nuestro trabajo. Si no convencimiento, ojalá él haya llevado siquiera algunas desinteresadas noticias á quienes están obligados á poner orden en los asuntos de que hemos tratado.

Y en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

MANUEL J. CALLE.

Quito, 2 de Abril de 1898.

CARTAS ECUATORIANAS

VI

Señor Director de la "Revista de Quito".

Portoviejo, Abril 6 de 1898.

Hablaba yo con un amigo acerca del proyecto de escribir estos artículos, y acaba de poner en mis manos un tomo de versos, titulado "Antología Ecuatoriana". Ha sido publicado en 1892, al advenimiento de D. Luis Cordero á la Presidencia. Del tiempo de J. J. Flores nos quedaron fanfarrones y asesinos; del tiempo de Rocafuerte, pedagogos y artesanos; del tiempo de Roca, comerciantes; del tiempo de Urvina, cuarteles y cantinas; del tiempo de García Moreno, panópticos, cadalsos y devotos; del tiempo de Veintemilla, teatros y casas de juego; del tiempo de Caamaño, falsificaciones y estafas; del tiempo de Antonio Flores, cómicos fingimientos y enormes latrocinios; del tiempo de Cordero, "Antologías". El crimen del Esmeralda pertenece al gobierno de Caamaño, si bien se realizó en el de Cordero. Indudable es que la "Antología" ha sido impresa bajo el patrocinio del Gobierno. Bajo el patrocinio del Gobierno imprimió Antonio Flores volúmenes para vindicar á su padre y venderse él mismo de diplomático y estadista de fama continental! Y á pesar de haber rechinado las imprentas, qué texto tenemos de enseñanza en los Colegios? No habléis de las obras de Wolf, de González Suárez y otras útiles: ellas fueron debidas á sus autores, á la acción exclusiva de ellos, y los Gobiernos no fueron ni inspiradores. Y debieron de saber esos Presidentes, todos, desde el usurpador J. J. Flores hasta Cordero, que el Ecuador era una familia de menores de edad. La Sociedad Filantrópica del Guayas acaba de designar premios para los autores de textos. Esto mismo, ó algo semejante, debieron haber hecho todos los Gobiernos.

Es buena la "Antología"? No lo sé; pero probablemente lo es, ya que en ella hay poetas afamados. No juzgo de la bondad de los versos, censuro la inutilidad de componerlos en gran número. Que yo también los he compuesto, decís? Sí, pero pocos y malos; y bien sabéis que mi vida ha sido de las en que se escriben versos tristes, si el que la ha vivido es Silvio Péllico: si ha sido

uno como yo, ¿hay otro remedio que dejar que se evaporen debajo de la indiferencia de todos?

Hemos de exceptuar, como es natural, á poetisas. Se despeja el cielo, saltan por ahí ángeles gordos y rubios, y detrás aparece una dama blanca, de cabellera rica y fragante, embelesador el continente. ¿Ya habéis oído la música que se ha anticipado á su presencia? Ya se acabaron las *bas bleu*; las *femmes savantes* de Molière, ya no existen; y quizá no existieron nunca en nuestra literatura modesta é infantil. La dama á quien estáis mirando nació al pie de nuestros cerros ó bajo la frondosidad de nuestros mangos, aprendió el "amor mío" ó "fiero mudo" ecuatoriano, las carcajadas que parecen murmurios de arroyuelo, las quejas que parecen de tórtola en nuestras mañanas de invierno. Parte de la armonía del canto se halla naturalmente en la voz de la mujer. Es increíble la indelicadeza del compilador de la "Antología ecuatoriana": á las poetisas las ha colocado al fin del tomo, las ha pospuesto, y ninguna de ellas tiene biografía. Oh qué caballero tan galante! Qué rasgos de cortesía se ven en el Ecuador, oh compatriotas!

La poesía es ramillete de flores, y como tal debe adornar la cabaña y el salón; pero ha de ser compuesto de flores aromáticas. Mas como un ramillete no sirve para alimento ni vestido, para menaje ni droga, para utensilio de costura ó cocina, no nos formaríamos buena idea de un cuarto lleno de flores, y al mismo tiempo de polvo y basura, y cuyos habitantes estuvieran escuálidos y sucios, enfermizos y vestidos de andrajos. Poetas he conocido, cuyas habitaciones olían á pereza desde lejos, las paredes cubiertas de telarañas, el pavimento de restos de cigarrillos y otras bazofias, y ellos mismos de roña y porquería. Pero si ni se lavan la boca, Señor! Señores peotas medias cucharas, por qué no dejáis que nos den ramilletes los verdaderos floricultores, y vosotros os contraéis á cualquiera de las ocupaciones provechosas y prácticas?

Que hay profusión de libros místicos, nadie lo puede negar, y es porque con ellos ha aumentado la renta de los frailes, no porque han visto ventaja en propagarlos. Contraído el Ecuador al trabajo, ya tendrá poca necesidad de esos libros, pues Dios ha menester de conciencias honradas, no de tantas plegarias de ociosos.

Tal ó cual sacerdote europeo se ha contraído á ramos provechosos: Dressel, Eping, Sodiro han escrito acerca de Matemáticas, Botánica, etc. Lejos estamos de rechazar á estos laboriosos europeos. Quienes nos indignan son los Menten, Schumacher y otros libertinos é impostores.

Y por qué en el Ecuador no se escriben novelas, ramo que ha podido aprenderse sin necesidad de profesores? La novela sería, sin disputa, más leída que los versos, y ella no serviría para deleitar tan sólo, más también para que se vayan puliendo las costum-

bres y arraigándose en ellas la virtud. Tanto versificador como hay entre nosotros, por qué no se ha consagrado á la novela? Lo que más se requiere es que el escritor sea de recto corazón, atributo indispensable para que la novela alcance preeminencia. El principal blanco de todo escritor ha de ser llevar algo bueno á los otros, y la bondad ha de dilatarse al fondo y á la forma. Creo que para salir bien en la novela ecuatoriana, no hay sino que formarse un bello ideal, de acuerdo con nuestras costumbres, tomar un pincel, bien hecho, y no levantar la vista del lienzo, ni ir á otra Nación en pos de colorido. Los escritores de costumbres que se han vuelto notables no son los que para escribir *Cumandá* consultan á Chateaubriand, sino los que fotografían á su pueblo en su mente, y esta fotografía la trasladan al lienzo. Dickens en Inglaterra, Fernán Caballero en España, Daudet en Francia, y así otros. En América es célebre Jorge Isaacs y se volverá célebre Abelardo Gamarra, el humilde *Tunante* de Lima. El pueblo está prestándonos donaires, chascarros ingeniosos, nuestra vida íntima es nueva y afectuosa, y la naturaleza nos ofrece espectáculos brillantes. Una buena brochada diviniza un cuadro, un mal toque le vuelve grotesco. Los personajes deben tener las actitudes y gesticulaciones nuestras, el mirar del sufrimiento, la sonrisa de tan larga esclavitud. El temor de caer en vulgaridades nos obliga á volver la vista á novelas europeas, y en vez de retratar una aldea de las nuestras, con cabañas pajizas; con iglesias renovadas y afeitadas, pero inconclusas y siempre míseras; con calles que son como senderos en rocas abruptas, ó como atascaderos en las faldas desiertas de los Andes; con cholitas desgredadas y sucias, y pobres aldeanos detrás de pjaras de borricos; con horizontes sublimes y montes que hieren con sus cimas el cristal del firmamento; copiamos paisajes de Andalucía ó el Sena, por supuesto, sin atención á la verdad, y en vez de vulgares, tenemos que ser llamados plagiarios. Digo esto por tal ó cual artículo de costumbres que ha aparecido en los periódicos. Fuera de "Cumandá", novela de grandiosas descripciones de selvas, no he leído ninguna otra ecuatoriana. Sé que existen otras del Sr. Mera, y que en ellas copia escenas de la vida patria, algunas con recomendable exactitud.

Se me han alegrado los ojos con la contemplación de un cuadro muy donoso que acaba de venir en la "Revista de Quito". Titúlase "Las delicias del campo", y es obra de pincel maestro, de pulso firme, de mirada de verdadero artista; es obra de nuestro ciego Vela, si no me equivoco, antes insigne luchador político, ahora relegado por inútil (1). Inútil? Si varios de los palaciegos ac-

(1) No es el Sr. Dr. Vela autor del artículo en referencia. El pseudónimo de *Fray COLAS* pertenece á un joven inteligente que hace sus primeras armas en literatura. (N. de la R.)

tuales siquiera sirvieran para escribir "Delicias del campo"! Si Vela se refugia en los recuerdos del tiempo en que todavía no le anocheaba en su imaginación hermosa, en su excelente gusto; si permanece por alguna época en un bosque de Ambato, delante de un lienzo arreglado por sus muy graciosas hijas, tendremos en el Ecuador, si no un Milton, al menos uno de esos grandes retratistas de la vida, para quienes lo bello está en lo justo y verdadero. A los escritores, probablemente jóvenes, que acaban de dar á la estampa artículos titulados "Corpus", "Julia", les aconsejaríamos que se dedicasen á las novelas. Por qué no escriben novelas de esfuerzo los Sres. Roberto Espinosa, Honorato Vázquez, los jóvenes Luis N. Dillon, Luis A. Martínez, el autor del "León de la montaña", magnífico rasgo alegórico, aunque la inspiración no es ecuatoriana? (1) D. Manuel J. Calle es ya escritor en toda forma; y aunque ahora está contraído á servir al partido liberal con sus disertaciones elocuentes, tiempo llegará en que se contraiga á la novela. En donde quiera tienen los ecuatorianos bien puesto su nombre, por lo que toca á valor é inteligencia. Lo que nos falta es roce, lo que nos falta es ilustrarnos, lo que nos falta es ser más generosos y menos vengativos, lo que nos falta es cortesía, lo que nos falta es diligencia y perseverancia en cualquier linaje de trabajo, lo que, sobre todo, nos falta es modestia. . . . Oh las *gasconadas*, oh las exageraciones que vuelven á Cervantes historiador y profeta!

En concepto general, añadiré lo que un escritor hispano-americano (2) acaba de poner en boca de Emilio Zola:

"Querer prescindir de la novela, ha dicho D. Emilio, es una locura que sólo puede ocurrirse á los niños del simbolismo.

"La novela es la forma más amplia, más fuerte, más cómoda de la retórica moderna.

"Ella ha sustituido al poema épico, y ninguna otra composición podrá destronarla por ahora.

"El que quiere ser popular, tiene que recurrir á ella; el que quiere ganar dinero, tiene que recurrir á ella; el que quiere hacer una propaganda sólida, tiene que recurrir á ella; el que quiere dejar una herencia durable, tiene que recurrir á ella".

Esto dice Zola, el príncipe. . . .

¿Ya me venís con mal gesto y me salís con que Zola es inundo, es el mismo Lucifer?

Siempre he tenido á Zola por un cirujano limpio y bonachón.— Entre Ud., le ha dicho al género humano. Se han sentado el uno frente al otro, y el médico, puesto el índice en la frente, ha examinado detenidamente al enfermo. Después de levantarle los párp-

(1) Véase el "Album ecuatoriano", periódico de Quito.

(2) El Sr. Gómez Carrillo.

dos, de observarle la lengua, de pulsarle: — Sí está Ud. malo, le ha dicho, y menester es auscultarle, y le ha desnudado, á pesar de la resistencia del paciente. Entonces ha encontrado úlceras, de las cuales mana pus en abundancia: en algunas hay hasta gusanos, y despiden fetidez infernal: ya los huesos han estado careados, y son necesarias operaciones dolorosas. — “¿Ud. probablemente no ha tenido conocimiento de este infierno, ó lo ha disimulado con el valor del egoísmo? dice Zola. ¿Y sin embargo se empeña en vivir? Contemple Ud. sus miembros y horrorícese. Si Ud. se horroriza, tendrá valor para curarse, y ya no habrá inconveniente en proceder á operaciones. ¡Oh y cuánta carne podrida, y cuánta inmundicia y pestilencia ha conservado Ud. en su cuerpo!”

Este es el gran Zola, y éste el que después de años de estudios, provechosos para todos los hombres, de permanecer en sentinas, de contemplar cuadros espantosos, de oír alaridos de angustia, de percibir olores de estercoleros, actualmente se está sacrificando por redimir á un cautivo, (1) á un miembro de ese gran cuerpo al que tan provechosamente está operando. El miembro de la humanidad que se encoge y se resiste á sufrir la operación, púdrase en buena hora; pero nos curaremos los que tenemos la sinceridad de mostrar nuestra podredumbre. Que grande será este escritor en el siglo venidero! El leproso Napoleón, á pesar de que sus vendajes eran de seda y pedrederías, pudo alcanzar tanta gloria como este humilde cirujano? Pobre Zola! Si yo fuera á Europa, primero conocería á Zola, el médico, que á la misma Roma, una de las cloacas de donde ha dimanado tanta pestilencia.

A los escritores de la lengua castellana nos está sobreviniendo una terrible desgracia, la de no ser leídos ni por los que hablan nuestro idioma. La razón es muy clara: mucho hay que leer en estos tiempos, mucho trabajan los hombres, y es preferible, por eso, el laconismo. Tanto mas leído es un libro cuanto mejor es el número de ideas y menor el de frases ó palabras. Los Españoles han sido perjudicados por el boato mismo de su idioma, cualidad por la cual algunos le han cubierto de elogios. Como él es elegante ha habido que lucirlo, para lo cual se ha acudido á prendas de lujo, digo, á torneos de frases brillantes y sonoros. ¿Muchas veces no ha sido sacrificada la verdad solamente á la elegancia del estilo? No es fácil hallar un escritor español bello y desnudo, ó sea conciso: todos los buenos vienen deslumbrándonos con su ropaje de oro y terciopelo. Antes no se daba importancia al valor del tiempo, como no se conocía el de la electricidad y el vapor: ahora no sucede así. Como el objeto del escritor es ser leído, antes no le ha de haber importado mucho llenar sus libros de oropeles, pero ahora tiene que

(1) Dreyfus.

atender á la substancia. Casi estoy seguro de que un español emplea más tiempo en aprender bien su idioma, que un inglés en el buen aprendizaje del suyo. Esta es quizá una de las razones para que los Estados Unidos vayan tan adelante. Está impuesta la necesidad de declarar cursis todas las superfluidades del idioma castellano. Los lectores miopes han censurado á Montalvo por este defecto, como si trataran de Castelar ó Menéndez Pelayo; pero no han considerado en el raro maridaje que en aquel escritor hay entre la idea y el estilo.

Necesario es convencerse de que en el Ecuador son pocos los viejos que leen, aun de los que saben leer: fojean los libros, pero ni siquiera hablan de ellos, porque más les importan chismes de vecindad ó frioleras. ¡Oh inmenso poder del hábito! y si leen, prefieren la lectura del P. Taparelli ó del Año cristiano, y ahí les tienen ustedes de eruditos. Desventura nuestra es que entre nosotros haya tantos Tartarines? (1) y llaman fatuo al que alguna vez les da un buen consejo, y lecturas corruptoras las que no les suministra el P. Faura, verbigracia. Con qué esperanzas ha de escribir uno en este pueblo, si por ventura no cambian los hombres, lo que no puede suceder sino después de algunos años, cuando nazca generación nueva ó cuando el ferrocarril nos traiga gente lectora? Cuidado que amamos mucho á nuestra patria; pero más amamos á la humanidad civilizada, á la humanidad que trabaja.

ROBERTO ANDRADE.

(1) Novela de Daudet.



VERSOS

POR

ADOLFO B. SERRANO

(Continúa).

XXXIII

Mugía el viento; el cárabo en la torre
graznaba con misterio;
se escurrían las sombras nocturnales
en alas del silencio.

Qué tristes son las noches! me dijiste
mis manos oprimiendo;
pero han sido más tristes y sombrías
las noches del recuerdo.

XXXIV

Me ruegas que al olvido te relegue
ya que imposible es la ventura nuestra,
y que la luz y la fragancia busque
de nuevos besos y esperanzas nuevas.

Nuevos altares levantar no puedo
sobre mis dichas y alegrías muertas:
tú no sabes: se *quiere* muchas veces,
se *ama* tan sólo la ocasión primera.

XXXV

Con sus inquietas luces en los valles
las pálidas luciolas
en vez de disipar, sólo consiguen
hacer más negras las nocturnas sombras.

Que las tinieblas del dolor encuentre
más negras y más hoscas,
sólo consigues, oh! esperanza nueva,
con los pálidos tintes de tu aurora.

XXXVI

Rugió la tempestad: de oscuras sombras
cubrióse de mis sueños el altar
y el alegre bullicio de mis dichas
convirtiéndose en silencio sepulcral.

Por eso mi alma es templo donde duermen
recuerdos y esperanzas de otra edad:
¡el arca santa, — lo único que pude
en el diluvio del dolor salvar!

XXXVII

Los recuerdos de amor jamás han sido
los cáraños del alma,
sí mariposas que al presente duermen
envueltas en crisálidas;

y que muy pronto mostrarán inquietas
el brillo de sus alas,
cuando deshecho el polvo al polvo torne
y al cielo suba el alma.

XXXVIII

Esclavo del ayer, vivo entre sombras
cabe la tumba de mi amor primero,
cuidando que no llegue á consumirse
la misteriosa llama del recuerdo.

Cuando á veces la luz de una esperanza
chispea en el santuario de mis muertos,
mi corazón medroso se extremece
y atiza más la llama del recuerdo.

XXXIX

Al libar juntos en el mismo vaso
el néctar del amor, tu alma y la mía
creyeron que en la tierra no tendrían
la primera ilusión sombras ni ocaso:

mas, hoy sintiendo de un oculto sino
los rudos golpes, ambos sollozando,
fibras del corazón vamos dejando
de la existencia en el letal camino.

XL

A medida que el tiempo pasa y vuela,
matando todo amor
y dejando del alma en lo recóndito
memorias de dolor;

crece el recuerdo—místico perfume—
que exhala el corazón,
y es más grato el aroma que nos queda
de dicha que pasó.

XLI

Sepultando en la tumba del olvido
tus penas y dolor,
ama y espera: que el Calvario siempre
presagia redención.

Ama y espera: que el amor del alma
encuentra su Tabor,
sino en la tierra, mas allá del cielo
do brilla el ígneo sol.

XLII

El alma mía que en su pecho esconde
el cadáver de su última esperanza—
cual golondrina que un alar en donde
colgar su nido á divisar no alcanza—

tiende su vuelo en dirección incierta,
oyendo del dolor las tristes notas,
hasta que cae, de fatiga muerta,
en playa extraña, con las alas rotas.

XLIII

Tímida en la alegría, te mostrabas
résuelta en la aflicción;
temblabas al fulgor de una mirada,
y afrontabas las penas con valor.

Tú me enseñaste á soportar sereno
los golpes del dolor;
por eso, cuando te perdí, mi dueño,
lloré en silencio sin dudar de Dios.

XLIV

Cuando á torrentes por la abierta herida
brotó la sangre que en las venas hierve,
de pronto el cuerpo desfallece y tiembla
sintiendo el frío de la acerba muerte.

Y ¿por qué cuando de los ojos brotan
en silencio las lágrimas dolientes—
que son del alma la preciada sangre—
morir de golpe el corazón no puede?

XLV

Si no se arranca de raíz el árbol
que crece en la montaña,
no muere: que muy pronto de renuevos
el seco tronco á revestirse alcanza.

Si de raíces el amor primero
del pecho no se arranca,
no muere: brotan del recuerdo al llanto,
aunque imposibles, nuevas esperanzas.

XLVI

Qué misteriosas armonías tiene
el himno sacrosanto
que levantan las sombras de la tarde
que pasan sollozando!

Es que ellas, despertando los recuerdos
van siempre del pasado;
es que ellas, van las dichas del presente
en lágrimas trocando! . . .

XLVII

Como en el cáliz de una flor el germen
de nuevas flores, en el alma humana,
junto al recuerdo del pasado duermen
las nuevas esperanzas del mañana;

mas no se torna en realidad que encanta
toda esperanza que el mañana trae,
como no siempre se convierte en planta
toda simiente que en el surco cae.

(Continuará).

LIMA

SUS MONUMENTOS Y ALGUNAS DE SUS COSTUMBRES

Apuntes recogidos en 1886 por Felicísimo LOPEZ

XV

EL CEMENTERIO

Los habitantes de Lima han querido llevar su lujo hasta el sepulcro y han embellecido la última morada de sus antepasados, hasta hacer de ese edificio un lugar de recreo antes que de tristeza y de lágrimas.

Situado al N. E. de la ciudad, y después que se pasa la ancha puerta de fierro que cierra por delante el edificio, se empieza á ver de lado y lado valiosos túmulos de mármol. En la parte media y hacia la entrada á los departamentos de las bóvedas, hay una capilla en forma de rotonda bastante elevada y sostenida por hermosas columnas; en el centro de esta rotonda se halla el sepulcro de Jesucristo, cuyo cadáver, de tamaño natural y que es una obra acabada de estatuaria, se deja ver cubierto por una gran urna de cristal de una sola pieza.

Cuando se pasa de esta capilla por debajo de dos ramadas cubiertas de enredaderas que dan fresca y balsámica sombra, se llega á la calle central de los departamentos de las bóvedas, que trae inmediatamente á la memoria la Vía Apia de la antigua Roma que nos describen los historiadores. A cada lado de esta calle central hay dos hileras de preciosos mausoleos, que se disputan la primacía por la belleza y perfección de las obras de arte, en las que el turista tiene mucho que admirar.

Apenas llegué á esta sección del edificio, busqué con afán la tumba de nuestro eminente compatriota D. Vicente Rocafuerte, el mejor de los Presidentes que ha tenido el Ecuador. Un suntuoso mausoleo de marmol rodeado de verjas de fierro, contiene sus venerandos restos (1), y en su lápida funeraria se lee:

“Tus reliquias Vieente Rocafuerte
Aquí guardó la muerte;

(1) Que fueron trasladados á la ciudad de Guayaquil en 1885.

Pero queda tu nombre para gloria
Del mundo americano, y para ejemplo
De cívicas virtudes tu memoria”.

“Vicente Rocafuerte nació en Guayaquil el 3 de Mayo de 1783.
Falleció en Lima el 16 de Mayo de 1847”.

Después de consagrar un respetuoso recuerdo al ilustre guayaquileño, que más trabajó por disipar en su patria las tinieblas de la ignorancia, seguí recorriendo y admirando los numerosos mausoleos.

Difícil sería hacer una descripción detallada de todas las obras de arte que adornan y embellecen este hermoso cementerio, pues para ello serían menester muchas páginas; mas no dejaré de hacer mención especial de uno de los mejores mausoleos, que es el que está dedicado á la memoria del Mariscal Castilla. Ocupa casi el centro del cementerio, y consiste en una columna primorosamente esculpida en marmol, en cuya cima el Genio de la guerra está pronto á discernir la corona de la victoria. Esta columna está rodeada por cuatro esbeltas y simbólicas figuras con sendas coronas, y su base ostenta por delante el busto en relieve del Mariscal; cuatro imponentes leones resguardan este monumento erigido por la gratitud nacional. Debajo del busto se lee en letras doradas:

“El Perú al Ilustrísimo Gran
Mariscal Ramón Castilla
Libertador del indio y del negro”.

Si de este cementerio, que podemos llantar de la aristocracia, se pasa al de los pobres, hay para contemplar el gran contraste de las cosas humanas: mientras en aquel la argamasa y el mármol se han empeñado en perpetuar la memoria de ciertos hombres; en éste la madre naturaleza, con igual ternura, se ha encargado de abrigar á todos sus muertos con un manto de vida: las hierbas, las flores y los insectos, que á porfía trepan y se amontonan sobre las humildes cruces que se levantan del suelo, diciéndonos están con abrumadora elocuencia que los hombres son iguales por su naturaleza orgánica: los mismos gusanos pululan bajo un sarcófago de mármol, que en el seno de la tierra donde reposa el humilde hijo del pueblo.

(Continuará.)

PEQUEÑAS NARRACIONES.

CARLOTA

XI

Fué una confesión larga y dolorosa.

Sentado en un taburete, á la cabecera de la cama, el cuerpo inclinado sobre el suyo lánguido y enflaquecido, mi oído casi pegado con su boca, escuché durante más de una hora la desnuda relación de su caída lamentable en la cloaca humana.

Ninguna disculpa, clase alguna de excusa, ni deseos de conmiseración y lástima salieron de sus labios. Para qué? Había rodado tan abajo, se imaginaba tan profundamente pervertida, que no se creía digna de compasión. Su voz era ronca, innoble, su acento entrecortado, su palabra tabernaria á veces; y sólo en sus ojos se sorprendía algún destello de vergüenza que hacía contraste con la triste sonrisa de sus labios resecaos por el cansancio y la fiebre.

“Porque tú me comprendes, ¿no es verdad?” Sí; hartos la comprendía, y tras de esa pobre y vulgar historia de desaciertos, locuras y prostitución, adivinaba otra de dolores no confesados, ascos del espíritu y del estómago, repugnancias indecibles, despechos, y, sobre todo, la ley fatal, la herencia, triunfando sin obstáculo, pasando por encima de todas las resistencias, de todas las tentaciones de la virtud; y me acordaba, entonces, del difunto Enrique que rodaba asqueroso y borracho, con la mente fija en la teoría del insecto

¡Pobre mujer! Fué tal su despecho, mejor diré desesperación, cuando se vió abandonada de Dios y los hombres el día aquel en que la muerte le arrebató á su hija y su marido se llevó al pequeñuelo, que almas caritativas hubieron de arrancarla, medio muerta también, de lado del cadáver de la chiquita. Una fiebre lenta habíale mantenido durante semanas y semanas en el prestado lecho de una amiga de tiempos menos infortunados. La amiga era pobre: las ropas, los muebles, las alhajas de Carlota habíanse malbaratado en dos por tres para ayudar á gastos de mantención, médico y botica; la caridad de propios y extraños se cansa luego; y viene, al cabo, el abandono, es decir el hospital.

Sí: era la segunda vez que en aquel establecimiento se encontraba. ¿Qué número tenía antes? No se acordaba. Pero se hallaba muy mal, pésimamente. No tenía de ese lapso de tiempo sino una idea muy confusa. Por las mañanas, la visita del médico, que iba de cama en cama, muy de prisa, como si quisiera acabar pronto, hediendo á alcanfor, con el pañuelo en las narices, acompañado de una monja y un practicante. ¡Qué fastidio aquel! Siempre la misma tisana, la tisana de que todos los enfermos tomaban, la panacea de aquella fúnebre casa; y luego, el almuerzo ah, qué cochino almuerzo de problemático y sucio caldo en el que nadaba tal cual microscópico pedazo de carne y el arroz de cebada y la chuleta de carnero confeccionada para dientes de bronce. En seguida las horas corrían lentas, al parecer inacabables; monótonas, desesperantes y vuelta al caldo, y vuelta á la cebada. Cuando, ya convaleciente, lloraba de hambre y de coraje, pidiendo, por Dios, que la diesen algo más sustancioso, algo que satisficiera su naturaleza joven, aunque debilitada, sólo la contestaban con regaños y mimos y el eterno argumento de "Hijita, eso le haría mal". ¡Y las monjas gordas, lucias, coloradas, satisfechas, hartas de carne y de vino! Así se practicaba la caridad? Esas mujeres remilgadas, egoístas; que tenían visibles combates con su estómago cuando se acercaban al lecho de las enfermas, especialmente de las ulceradas, disenteríacas ó febricitantes; que contemplaban con santa indiferencia la muerte y el dolor ajenos, ¿eran las almas sublimes, las vírgenes del sacrificio, los ángeles del humano padecimiento cuyos elogios ella, Carlota, había leído con las lágrimas en los ojos en las novelas del Sr. Pérez Escrich y otros autores? Oh, cómo odiaba ella á esas mujeres bien rentadas y bien comidas, que ejercían la caridad oficial matando de hambre á los enfermos!

Un día la dijeron que era preciso se confesase. ¡Bonito sermón sobre los consuelos de la divina gracia le echó la Madre Superiora! Ello es que con el perdón divino iban á terminar todas sus penurias, y quién sabe, quién sabe si hasta de fortuna mejoraría, volviendo al abrigo de su esposo, á la honrada vida del hogar legítimo y bendito, á lado de ese ángel rubio que un día terrible arrebató de sus brazos! (Carlota había referido parte de su historia á la monja predicante) Y, sobre todo, la tranquilidad de la conciencia, el santo orgullo de la honradez, la satisfacción del deber cumplido Y últimamente — y aquí estaba el *quid* del asunto — si no se confesaba sobre la marcha, tendría que salir expulsada de un hospital que, por muy convento que sea, es fundado, sostenido y pagado por el Gobierno

¿Que si ella se confesó? De mil amores. No eran necesarios ni el sermón de la monja ni su extemporánea é incaritativa amena-

za. Desde hacía semanas, desde que recobrará el uso de su razón—pues había estado delirando algunos días—tenía vivísimos deseos de confesarse. Estos deseos habían llegado á ser en su pecho una verdadera obsesión. Sentía una como inmensa necesidad de desahogar su alma, de vaciar el cesto de porquerías y basuras que en élla había, á los pies del confesor, revelar á gritos, con sollozos de verdadera compunción, las picardías que en su vida había cometido, y después ¡Señor Jesús! qué íntima satisfacción sería salir de su congoja, volver á su marido, redimida y penitente, para servirle de rodillas, aguantarle sus borracheras, sufrirle sus golpes, y de repente morirse bien abrazadita con su idolatrado Alejandro. Porque era indudable que le volverían el chico, una vez fuese ella buena y honrada: ¿era, por ventura, posible que no se lo devolviesen? Si ella *se convertía* era con ese trato. Si no Si no, ¿qué le importaban la muerte y el infierno? No le eran suficiente muerte, infierno suficiente aquella desesperación sin límites, aquel anhelo inmenso de ver á su hijo que reputaba perdido para siempre, el agostamiento prematuro de todas sus ilusiones y esperanzas, y el estarse ahí mismo, tendida en aquel lecho infecto, *comiéndose las horas* en laxitud abominable, abandonada de cuanto existe en los cielos y en la tierra?

Y se confesó ¡Cierto! Cuánto bien la hizo! Por qué se había olvidado durante años y años de ese supremo consuelo para las almas llagadas y adoloridas? Gran cosa es la confesión, cuando en ella se cree, cuando á ella se acude, herido el corazón, desgarradas las entrañas, pero con la fe todavía no manchada por ninguna sombra, y palpitante y hermosa — como la última y viviente tabla del naufragio de la vida — la santa esperanza de los cielos!

Y al salir del hospital, casi totalmente restablecida, resignada si no consolada, abrigaba la firme resolución de no tropezar siquiera en las tentaciones de su vida anterior. No tenía un real, ¿pero qué importaba eso? Mentira que el trabajo de la mujer no vale para nada en nuestra sociedad egoísta y mezquina: cuando se quiere ser honrada, no faltan un pedazo de pan, un retazo de jerga, un techo hospitalario para pasar la vida, al remo del trabajo. Entraría á servir, aunque fuese de lavadora de platos; pero no había de tornar á las andadas; eso no. ¿Morirse de hambre? Nadie se muere de hambre. Pues qué? Dios que da el grano de mijo al pajarillo indefenso, el cáliz de la flor á la mariposa; el limo húmedo al insecto, el insecto al gusano, el gusano á la mosca, la mosca á la araña, ¿no había de enviar, por cualquier humana mediación, un plato de garbanzos con arroz á la pecadora arrepentida que le buscaba á ÉL como único amparo, como suprema consolación?

Y así, confiada en Dios, firme en sus nuevos y honrados propósitos, hizo su pobre maleta, y fuese de casa en casa en busca de

colocación. No exigía sino pan y abrigo en compensación de sus servicios; después ya se vería en cuanto al salario. Así pasó todo un día, subiendo escaleras y humillándose, cansada y hambrienta, y en todas partes fué rechazada. Unos, no necesitaban sirvientes; otros, le pedían algún certificado que abonase su anterior conducta; los más, la despedían secamente. “No, *señorita*, la decía en alguna casa la madre de familia: tengo marido é hijos; usted es joven; si no fuera por esto” En otras, hombres sin corazón la aceptaban inmediatamente, pero haciéndola proposiciones infames. Resultado, que volvió al cuarto de la caritativa amiga que, á más no poder, la había acogido de nuevo, llena de desaliento y despecho.

¿Para qué machacar con la relación de los afanes y trajines de la pobre Carlota? Fué una beata encopetada quien, al fin, la tomó á su servicio. Era la tal un mujerón de ocho arrobas, alegre y derrochadora, que le arruinaba al idiota del marido—porque era casada con un zopenco que ganaba mucho dinero en un empleo de Gobierno maravillosamente explotable,—gastando triunfalmente en obras de caridad. ¡Linda caridad la de la señora doña Gertrudis Ruiz de Pasamante! Sus criados, haraposos y escuálidos, andaban cayéndose de hambre; las personas pobres encontraban cerradas las puertas de su casa, á cal y canto; parientes tenía que se decían vírgenes de que doña Gertrudis les hubiese ni por la muerte de un judío sacado momentáneamente de hambres y miserias, de ahogos y sacrificios; era sorda á la conmiseración, de estuco ante las penas del prójimo; y no obstante gozaba de una merecida fama de pía y bondadosa. Digo *merecida*, y no se tome esta palabra como una ironía; porque la buena señora, gastaba en pitos lo que no gastaba en flautas. Gordos y bien vestidos, contentos y mal entretenidos, vivían algunos sacerdotes, merced á la esplendidez de la rumbosa Ruiz; cierto convento medraba al amparo de la mal adquirida fortuna de Pasamante y se ayudaba bastante con las dádivas de ésta en la construcción de un templo; y existía, por ventura, fábrica eclesiástica para la que la señora Gertrudis no diese su contingente? asociación filantrópica que no la contase entre sus miembros? obra pía repiqueteada por los periódicos en la cual no interviniese de espléndida manera? Por lo demás, á esto, á mucho visiteo con gente de sotana á la cual daba frecuentes comilonas, en las que corría el *champagne* por el suelo, y á comulgar invariablemente cada domingo, estaba reducida la virtud de la emperifollada jamona, que en el fondo era una excelente mujer.

A casa de ésta fué á dar Carlota. Creyó doña Gertrudis haber puesto una pica en Flandes en lo de llevar almas al cielo empujándolas por la puerta de la sacristía, con el hecho de recibir, entre grandes alharacas, á la penitente, que le había confesado su

historia de pe á pa, exagerando un poquito, para obtener protección y misericordia. Fué Carlota durante varios días el caballo de batalla, el Aquiles, de la triunfante y rimbombante filantropía de la excelsa señora de Pasamante. Repitió ésta el cuento de la vida y milagros de la pobre conversa á cuantos quisieron oírla; adornó ese cuento de peripecias románticas, hizo de él toda una novela, con el único fin de darse aires de conquistadora. Nada: que San Francisco Javier y San Vicente de Paul eran á su lado niños de teta...

¡Cuánto padeció la desgraciada huérfana con todos estos fervores místicos! Cohibida, avergonzada, aterrada, se veía en el caso de sufrir las caricias melosas y los consejos de las señoras y sacerdotes del círculo de doña Gertrudis, y, lo que es peor, sus preguntas indiscretas, sus conmisericordias que eran otras tantas bofetadas recibidas en la mitad del rostro... Y entre tanto, la protectora beata la tenía con hambre, casi desnuda; y á solas la trataba ásperamente, con desprecio abrumador, casi con odio.

¡Oh! qué días aquellos! De repente se le metió en la cabeza á la de Pasamante la bendita idea de que Carlota—*su Magdalena*, como la llamaba en presencia de sus amigas, confesores y directores espirituales,—había de vestir el hábito del Carmen, como en pública reparación de sus pasados extravíos. Cuanto hizo, cuanto dijo, cuanto lloró la desgraciada fué en balde. Ruegos y protestas, lágrimas y sollozos se estrellaron en la berroqueña testarudez de la Ruiz de Pasamante; y un día hubo de salir á la calle disfrazada de beata, después de haber recibido el hábito bendito en la iglesia famosa que se estaba construyendo casi á expensas de Pasamante, es decir del Fisco á quien el tal robaba.

Todo este embeleco duró más de un año, hasta que vino á terminarlo un suceso que Carlota há tiempo había previsto.

Entre las visitas de doña Gertrudis se contaba un cleriguito lechugino y perfumado, cura de una parroquia urbana é ídolo de las chiquillas confesadoras y trotaiglesias, á quien llamaban el doctor Román. Malas lenguas decían que el Dr. Román era muy hombre para ocultar santamente bajo los pliegues de su hopalandada de fina seda el tercer pecado capital y algunos otros veniales, con el mismo íntimamente relacionados. Decidor, travieso, galante, habilidoso en eso de poner juegos de prendas, regular músico sentado al piano, con la guitarra en la mano, ó cantando *Música prohibita* con su hermosa voz de barítono, el tal era una alhaja. Y qué decir cuando subía al púlpito, acicalado, perfumado, acinturado, hasta—Dios me perdone—pintado con una capa de polvos de arroz sobre un baño de aceite de vacelina, con la cabellera rizada y llena de unguentos aromáticos, y pronunciaba cada sermón sobre la moralidad y la continencia que le partía por el

eje al más empecinado pecador! Era de oír y palmotear á ese pico de oro tras del cual se iban las muchachas donosas de iglesia en iglesia y de confesonario en confesonario, y á quien mimaban y regalaban en grande.....

Pues el *pico de oro* dióse en perseguir á Carlota á sol y sombra, creyendo la conquista sumamente fácil, en consideración de los antecedentes de la *Magdalenita* de la sublime Pasamante ¡Señor Jesús! qué asco de cleriguete! Y ponérsele en la cholla á la bendita doña Gertrudis que él, el mismísimo doctor Román, había de ser el confesor de Carlota! No hubo más remedio que aceptar, pues la niña voluntariosa y romántica de otros días había abdicado su libre albedrío en las blancas manos de su protectora Cada confesión era un triunfo para la pobre. ¡Fastidio de los fastidios eso de estarse oyendo chicoleos insulsos, proposiciones subversivas dos horas cada semana en la *reja* del confesonario! Sentir, indefensa, los labios ardientes del sátiro con sotana casi sobre su mejilla, y no poder protestar en voz alta, ni quitarle la careta á ese canalla que así la martirizaba impunemente. Ella, claro, le había dicho desvergüenza y media y amenazádole con revelar al público las picardías del fogoso confesor; porque ¿no era una iniquidad el convertir en lugar de luchas indecentes el *tribunal de la penitencia*? Pero él ¡ca! no se daba por vencido, y volvía á la carga con más ardor cada semana; y el domingo, cuando con la hostia en la mano, haciéndole cruces sobre la boca, con el *corpus christi domino nostro*, la miraba con ojos de fuego, Carlota se asustaba, pues parecíale que el diablo la daba de comulgar y la teptaba en tan solemne momento

¡Cómo se acordaba de aquel día en que por una coincidencia fatal se encontró sola con el clérigo del diablo en la sacristía de la desierta iglesia! Acoquinada, sudorosa, temblando de miedo y de angustia, forcejeaba en vano contra las brutales caricias del *pico de oro*, que la estrechaba, la encendía con besos impuros y la arrastraba á un viejo confesonario arrinconado en la sala aquella Ya, desmayada, iba á sucumbir sin remedio, ya el clérigo se le venía encima, cuando lanzó ella un grito, el último, y se hizo un ovillo al pie de un crucifijo testigo de tanta infamia. Entonces alguien empujó la puerta, alguien la tomó de los cabellos y la arrastró al presbiterio. Estaba salvada ¡y su salvadora era nada menos que doña Delfina!

¿Que ocurrió después? No lo sabía; pero lo cierto es que las cosas se arreglaron de tal modo, que fué ella quien pagó las culpas de todos. A la cuenta, el doctor Román había abandonado castamente su manto en manos de la mujer de Putífar y salido victorioso de una terrible prueba. Así, á lo menos, pregonaba por todas partes doña Delfina, calumniando á su propia cuñada con una

delectación infame. Al fin, la pecadora fué expulsada con escándalo de la casa misericordiosa de la insigne señora Gertrudis Ruiz de Pasamante.

¿Que hacer? A quien acudir? El diablo, sin duda, la aconsejó ir al cuarto del doctor Román para reconvenirle y hacerle saber de la triste situación en que por culpa suya se hallaba. ¡Qué más se quería el enamorado clérigo?

Fué el primer paso falso. Arrojó con asco el hábito de beata y volvió á las andadas. De poder del clérigo pasó al de un italiano, y así, de *poder en poder*, como ella decía, fuese á dar en el del venerable público. Ya estaba bien abajo.

Pongamos aquí punto final á esta historia puerca y lastimosa. Lo demás es conocido. ¿Quien no ha visto rodar una piedra por un barranco?

En esas estaba cuando un día se le presentó Enrique. Temió una escena borrascosa, trágica talvez, pero se equivocó de medio á medio. Venía á proponerla una reconciliación. ¿Podía ella imaginarse que el indecente la buscase con el fin de vivir á sus expensas, sabiendo la existencia arrastrada que llevaba? Pero fué así. Ella le aceptó casi contenta, y las infamias del marido comenzaron al día siguiente. Supo entónces que Alejandro había muerto, y esa noticia le partió el alma.

¡Plata, plata y siempre plata! Dónde iba ella á sacarla para satisfacer las exigencias de Enrique, que no vivía sino ebrio? El la daba el manto, la cobijaba bien y la empujaba puertas afuera diciéndola dónde podría hallar los cuatro sures que necesitaba. . . . Se prostituyó de tal manera, que no le tenía ni pizca de recelo á su marido, quien era su primer corre-ve-i-dile.

Y lo singular, que Enrique tenía celos! Era cosa de risa. Pero los celos se transformaban en palos.

Al fin murió Enrique. Atacado de *delirium tremens* se arrojó por una ventana del hospital y se estrelló contra las piedras de la calle. ¡Cuánto la alivió esa muerte!

“Porque él era un infame, ¿sabes? Ah, cuánto padecí. Mira, acércate más, descúbreme: ¿ves esas señales rojas y negras que tengo en la espalda y más abajo de la cintura? ¡Me vapuleaba casi todos los días. Ah! el malvado. . . .!”

—Y tú, adúltera?

Estas palabras que caían como del techo, pronunciadas por una voz de mujer, me hicieron enderezar bruscamente. Alcé los ojos y ví á doña Delfina, que se había introducido silenciosamente, sin que nosotros embebecidos en la conversación la hubiésemos sentido llegar, de pie á la cabecera del lecho de la enferma, con el rostro inclinado y extendiendo sobre las narices de Carlota un dedo seco y amarillo, en señal de amenaza.

Me precipité sobre la vieja con ánimo de estrangularla; pero tuve que salir corriendo á pedir auxilio, al ver á Carlota quedarse inmóvil con los ojos desmesuradamente abiertos, la boca contraída, crispados los puños, después de haber lanzado con todas las fuerzas que le quedaban un grito terrible, grito de angustia, de espanto, de terror indecible.....

MANUEL J. CALLE.

(Concluirá).

LA SEMANA.

Sumario: — Aniversario. — La noticia sensacional. — El nuevo Ministro de Hacienda. — Amnistía. — La intolerancia clerical y el Dr. José Peralta.

Ayer fué el LXXVI aniversario de la batalla de Pichincha. Cómo lo celebramos? Como siempre: todo el regocijo oficial y público tiene un programa inquebrantable, inmutable, permanente. Señor! ¿pero cuándo, en la celebración de los grandes días de la patria, zafaremos de sota, caballo y rey, añadiendo algo nuevo y digno de agradecerse á los faroles, cohetes, cañonazos y retretas de costumbre?

Hablamos sólo de los *grandes días*, de los recuerdos verdaderamente gloriosos, de los aniversarios épicos. Estos son el 24 de Mayo, el 10 de Agosto y el 9 de Octubre. De nuestras luchas intestinas, de nuestras dolorosas contiendas, origen y causa del atraso en que vegeta esta pobre Nación, ¿para qué vamos á acordarnos? Esa es la gloria? Y no nos vengáis con el cuento de que cada revuelta es una jornada por la libertad; pues yo os preguntaría: ¿dónde está la libertad conquistada en los campos de lucha civil?

Sólo los de ayer, los que pasaron como un huracán por las crillas del Araure y el Orinoco y las márgenes del Plata, los que ascendieron á la cumbre del Pichincha y á la cima del Bárbula, se alancearon en Junín, triunfaron en Carabobo y Boyacá, se batieron en Ayacucho, segaron lauros inmarcesibles en Chacabuco y Maipú, los que se inmortalizaron en el Apurímac, se sacrificaron en San Mateo; sí, todos aquellos que hicieron la guerra magna, la de la

independencia, son los única y verdaderamente grandes, los única y verdaderamente héroes en la historia americana. Nosotros ¿qué valemos á lado de ellos con nuestras rencillas, nuestros pequeños combates, nuestras ilíadas grotescas que concluyen siempre, por lo que á moral social y progreso atañe, en el mismo punto de partida, si es que no señalan un lamentable retroceso?

En nombre de las glorias de ayer demos, pues, un poco de tregua á nuestros odios y venganzas de la hora presente, y marchemos adelante sin desesperar del triunfo ni maldecir la libertad, porque la libertad es el pan de los fuertes!

*
* *

La noticia sensacional de la pasada semana es la que nos ha trasmitido el cable. Se confirma la noticia de un famoso combate naval entre las escuadras española y americana, en el cual han sido echados á pique doce buques de aquélla. No se saben más detalles ni cuáles han sido los daños que ha sufrido la flota americana, que es de suponerse hayan sido de consideración, ya que impunemente no se combate con quienes tienen, igualmente, grandes acorazados y cañones de grueso calibre.

De ser cierta la noticia, podemos decir que, destruída gran parte de la escuadra española, la guerra toma nuevo aspecto. Sin fuerzas para aventurar otro combate naval en el que seguramente perdería el resto de sus barcos de guerra, España procurará retardar todo lo posible el desenlace batiéndose en tierra. Ciento ochenta mil hombres tiene el general Blanco en la Habana, que, aunque amenazados por las baterías de los acorazados y cruceros yankees, jaqueados por los insurgentes, sin auxilios de la metrópoli, combatirán desesperadamente hasta quemar el último cartucho.

Y cuando ello termine, amanecerá en Cuba. Creemos en la sinceridad de las protestas del Gobierno de la Gran República que solemnemente ha prometido no inmiscuirse, obtenido el triunfo, en los asuntos interiores de la República cubana. Los patriotas antillanos tienen sus recelos y el Vicepresidente Sr. Méndez Capote acaba de hacer un arriesgado viaje sólo para protestar ante el Gabinete de Wáshington que su patria no quiere la intervención de nación alguna si ella ha de coactar la independencia de la Grande Antilla; pero, á pesar de estos recelos, los Estados Unidos sabrán cumplir con su deber. De otra manera, sería la suya una mentira enorme é infame ante Dios, la Historia y la Civilización.

Otra cosa es lo de Filipinas. Dejarán las potencias europeas á los Estados Unidos apropiarse tranquilamente del Archipiélago? Inglaterra y el Japón saben que el plato es apetitoso: ¿querrán meter su cuchara en él?

Este es un problema que un futuro no muy distante está llamado á resolver.

* * *

Por bando solemne se anunció en días pasados el nombramiento del Sr. Dr. D. A. L. Yerovi para desempeñar la Secretaría de Hacienda. ¡Por fin esa viuda carterá, al cabo de días mil, ha encontrado quien se resuelva á hacerse cargo de ella! ¡Mil plácemes!

El Sr. Dr. Yerovi es un hombre de bien. Esta es toda una recomendación. De sus dotes administrativas y sus conocimientos económicos y financieros no decimos nada, porque él mismo nos dará próximamente la medida de ellos con el mal ó buen desempeño de su espinosísimo y difícilísimo cargo.

No dudamos ni por un momento de las buenas intenciones del nuevo Ministro ni de sus honrados propósitos. Pero, intenciones y propósitos serán suficientes para meter orden? En materia de Hacienda, todo está por principiar. Diversos tanteos económicos no han dado ningún resultado, ya por falta de acierto en la concepción de la idea, ya por falta de energía para emprender en una reforma completa y radical, harto necesaria hoy más que nunca. Con un presupuesto desequilibrado, con un sistema de vivir al día entre ahogos y apuros, sin un plan fijo y valedero, milagro ha sido que hasta ahora no se haya llevado la trampa á la Administración pública, combatida por odiosidades de partido y sin recursos.

Pero la calentura no está en las sábanas, señor Gobierno; ni el *quid* de la cuestión en buscar Sullys y Néckerés á la luz de la linterna de Diógenes, para que nos salven del naufragio rentístico. Con un enorme tren de empleados, refinamiento de lujo administrativo en los momentos en que estamos muriéndonos de hambre, con debilidades y complacencias que llegan á ser fatales, con comandancias de armas y un ejército que nos comen los ojos de la cara, con la deuda interna que consume buena parte de las rentas públicas, con exigencias apremiantes que no podemos ó no sabemos esquivar, ¿cuál es el jaque, por bien intencionado que esté, capaz de tirar la cuerda de salvación á esta miserable navecilla del Estado que anda de aquí para allá, en mar tumultuoso, medio abollada la quilla y, lo que es peor, sin lastre?

Venga, en buena hora, el Sr. Dr. Yerovi; y si es capaz de sacrificar la tranquilidad propia, consumir los esfuerzos supremos, idear con exactitud, trabajar con esperanza y fe, en la obra arriesgada de mejorar la actual situación; aunque no triunfe, aunque el éxito no corone sus patrióticas labores, él tendrá lugar honroso en la historia de esta década tempestuosa.

*
* *

Entre algunas condiciones impuestas por el Sr. Yerovi para aceptar la cartera de Hacienda, y que han publicado los periódicos de Guayaquil, hay la de un decreto de amnistía para todos los emigrados políticos.

Surge aquí la pregunta: ¿Sería acertada y oportuna la expedición de tal decreto?

Aun sin tomar en cuenta razones de humanidad y de generosidad gubernativa, somos de opinión que dicho decreto entrañaría una acertadísima medida política.

Son muchos los ecuatorianos que andan por las repúblicas americanas sin poder regresar á la patria. El cansancio y las amarguras del destierro, el despecho de su situación, les han llevado al triste caso de desacreditar esta República en el Exterior, y les hacen soñar en invasiones y conspiraciones que alarman aquí los ánimos. Si ellos volvieran bajo el amparo y garantías de la ley, no cesará, seguramente, la guerra de mentiras y calumnias en que contra el Gobierno liberal han emprendido; pero sus palabras no tuvieran afuera la resonancia que hoy tienen, resonancia simpática—dígase lo que se dijere—cuando son bocas de desterrados quienes dan el grito; ¿y sabéis por qué? porque ese grito injusto, esa guerra de mentiras, esas conminaciones y apóstrofes vehementes, son en extranjeras playas considerados como la voz de la protesta del vencido y del caído; y como no hay allá plumas que nos defiendan, pasan esas injusticias sin réplica y son creídas con daño nuestro.

¡Cierto! Esos repatriados volverán á conspirar, intentarán nuevas aventuras á mano armada; ¿pero no vale más que lo hagan con el ojo de la Policía al margen, aquí donde es fácil desbaratar sus planes, antes que en extraña tierra donde, auxiliados por los traidores de aquí, reclutan mercenarios para traerlos á las fronteras ecuatorianas?

Vengan todos. Si otra vez pecan otra vez llevarán en el pecado la penitencia; hasta entonces, demos el ejemplo de un abrazo fraternal—por poco cordial y duradero que sea—en vísperas de la reunión del próximo Congreso Constitucional, el llamado á corregir y reformar los desperfectos de la memorable Asamblea legislativa de 1896—1897.

*
* *

Un amigo de Cuenca nos escribe, entre otras cosas, lo siguiente, con fecha 17 del mes actual:

“Se dice que Héctor Tálbot ha dado un balazo al Dr. José Peralta, que se hallaba en su hacienda de Yunguilla, por haber dicho doctor escrito *El casus belli del clero azuayo*. Se nota la alegría popular, y la gente de oración prorrumpe en acción de gracias por tan fatal suceso. No se saben los pormenores. Nos anuncian que de esta manera hemos de morir los partidarios del General Alfaro. ¿Qué le parece?”

¡Que nos ha de parecer! Cosa muy lógica en tratándose de la intolerancia del clero, que no perdona oportunidad ni desdeña medio para deshacerse de quienes lo combaten.

¡Señor Dios! ¿A dónde vamos á parar en esta tierra bendita, si el revólver del asesino, el puñal del fanático, el veneno de la beata, han de ser la respuesta á los escritos de los hombres de bien que, al amparo de la ley, discuten su doctrina y defienden el orden público con la pluma en la mano?

No es la primera vez que escándalos semejantes tienen lugar en el Azuay, país de inquisidores, donde el que no es fanático corre el riesgo de ser apedreado por las turbas de congregantes. En 1890, si la memoria no nos engaña en la fecha, una polémica que el mismo Dr. Peralta sostenía con el hoy Obispo de Ibarra, se acabó á balazos en las calles de Cuenca, con un escándalo atroz, con la intervención de la autoridad pública, con más de trescientos disparos del cuerpo de Policía comandado por un imbécil. ¿Quiénes eran los agresores? Victor L. Vivar (á quien Dios haya perdonado), el padre de éste, un tal David Neira y su padre. . . . ¿Quién el asesinado? D. Ramón Pesantes. ¿Cuál la casa atacada? La de D. Rafael Torres, donde teníamos una pequeña imprenta. La conclusión, irritante. Fué la casa rodeada de soldados, Ramón Pesantes conducido casi muerto con cinco balazos, á un calabozo, Ullauri, Peralta, el infrascrito y varios otros de los agredidos, criminalmente enjuiciados. . . . ¡y los agresores se paseaban libremente orondos y aplaudidos! . . . Así se llevan las cosas en Cuenca, cuando de los liberales se trata.

Las autoridades netamente terroristas del Azuay, no han de hacer nada por aclarar la verdad del hecho que motiva estas líneas ni muchísimo menos lo han de castigar. Esto lo sé yo que estas líneas escribo y soy cuencano. Debe, pues, tomar el Gobierno directamente sus medidas. No es ahora cuando por primera vez está en peligro la vida del Dr. Peralta á causa de sus escritos; y sería una vergüenza para la administración actual el dejar que se asesine impunemente al primer escritor doctrinario del liberalismo ecuatoriano.

BENVENUTO.